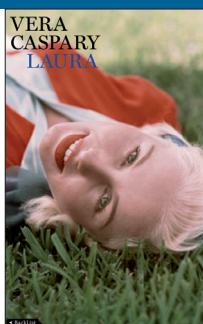




“María Antonieta”  
Stefan Zweig

ACANTILADO

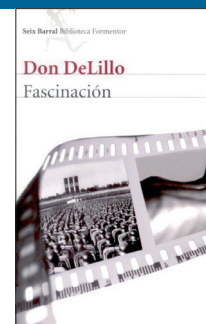
Tras la efeméride del setenta aniversario de su muerte, el inmenso patrimonio cultural del novelista y ensayista austriaco Stefan Zweig continúa siendo objeto de los mayores elogios. De su amplia obra histórica destacan dos biografías que se antojan como lecturas imprescindibles, no solo por su valor divulgativo, sino por su impactante lucidez literaria: la de Joseph Fouché (también recientemente rescatada por Acantilado) y la que nos ocupa, María Antonieta. Más allá de la incuestionable veracidad en su tono biográfico, Zweig somete sus escritos a un intenso estudio de la figura personal de la monarca, afinando en los rasgos de su carácter en contraste con los hechos que acontecieron tras su novicio con Luis XVI y la posterior toma de poderes de la Corona Francesa. Evidentemente, Zweig subraya su posición en defensa de la dinastía habsburguesa y de la propia María Antonieta, ateniéndose a los sucesos que, en su conjunto, provocaron su fatal desenlace y que acabaron por prender la mecha de la Revolución de 1789. Más allá de rebatir e impugnar los manifiestos defectos, la exquisita pluma de su autor ensalza sus virtudes humanistas, ofreciendo un punto de vista agrídulce, trágico y cargado de épica. “*Es en la desgracia donde más se siente lo que uno es*”, aforismo digno del más respetable de los pensadores de su tiempo, fue una de las últimas reflexiones –horas previas a su decapitación– de una María Antonieta sumida en la desesperanza absoluta. Lectura esencial. **Matías Bosch**



“Laura”  
Vera Caspary

PLANETA

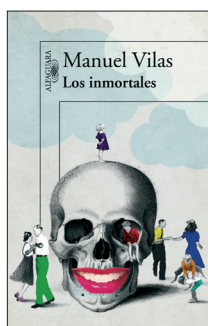
Hace poco lei en alguna parte que la arquitectura perfecta de una novela consiste en construir habitaciones y saber cómo llenarlas. Justo eso es lo que Vera Caspary hizo con “Laura”, la novela de 1942 en la que se basó Otto Preminger para su famosa película. A través de una prosa elegante, construida a base de alfilerazos de ingenio y sutil ironía, Caspary nos va guiando por el caso de Laura Hunt con la precisión clínica de un forense. En el centro, la figura del detective enamorado de una joven muerta que acabará regresando de la tumba. Y, por tanto, la génesis de dos grandes obras maestras como “Vértigo” y “Twin Peaks”. La poderosa y cautivadora imagen de un cadáver en forma de retrato, la obsesión necrófila, el desorden moral, la confusión de identidades, la dualidad rubia/morena... Todos estos elementos hacen que sea imposible leer esta novela sin pensar en todo lo que Lynch tomó prestado de Caspary al concebir y cimentar su particular concepto de ‘noir sentimental’. Eso, y otro sinfín de coincidencias como el censo de nombres, descaradamente twinpeaksiano (además del nombre de la protagonista, sorprende reencontrarse con Waldo, Jacoby y Diana), la importancia que en la investigación se da a los rostros en detrimento de las huellas dactilares, o la maestría con la que Caspary invita a entender la filosofía del amor como quien descifra un crimen, nos llevan a leer esta joya secreta como quien descubre a un Lynch primigenio. **Laura Gamundi**



“Fascinación”  
Don DeLillo

SEIX BARRAL

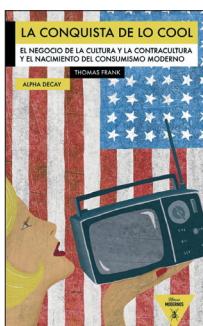
Parece que las chicas Seix están ya muy seguras de lo sexi que resulta una evástica estampada en sus portadas blancas. “*Es increíblemente fascinante, ¿comprendes? Todo lo que es la era nazi. La gente no se cansa. Si tiene que ver con los nazis, resulta automáticamente erótico. La violencia, los rituales, el cuero, las botas. Todos sus uniformes y su parafernalia*”, le explica Lightborne, un anticuario neoyorquino que trafica con fetiches eróticos, a Selvy, agente (doble) que trabaja para un senador, coleccionista de pornoarte, en una de las páginas de “Fascinación”, sexta novela de Don DeLillo (original de 1978 y traducida por Gian Castelli Gair para Circe en 1997) que ahora, generacionalmente hablando, puede tener carácter de novedad. DeLillo, que ya volvió a dar noticia de su fascinación en la magistral “Ruido blanco” (1984, también reeditada por Seix Barral), borda aquí un estupendo y (a)-típico thriller de los 70, década de liberación en todos los sentidos, incluido el narrativo, donde la trama, más o menos convencional, acaba (como en el “Dog soldiers” de Robert Stone o en el “Quiero la cabeza de Alfredo García” de Peckinpah) empapada en el delirio psicotrópico propio de la época. Todo empieza con el hallazgo del cadáver de un travestido que estuvo en posesión de una película rodada en el búnker del Führer, en pleno hundimiento, cuando en Alemania, ante el implacable avance ruso, todo eran orgías y suicidios. Con un MacGuffin de este calibre, imaginen las fuerzas que se ponen en movimiento. **Saludo romano. Philipp Engel**



“Los inmortales”  
Manuel Vilas

ALFAGUARA

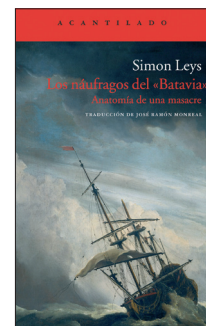
No me cansaré de repetir lo loco que está Manuel Vilas. Su última novela, además, vuelve a dar cuenta de ello, pues se trata de un paso seguro dentro de su obra. Un paso seguro en su locura: el surrealismo de sus situaciones –extremas, soñadas e impensables–, la realidad deformada, la ficción histórica, los personajes salidos casi de un manicomio, o mejor, salidos de la mente de un maniaco que ha leído mucho, de un Quijote moderno, quizás, y es que Vilas es un Quijote moderno. Alguien debería ir a su casa y quemarle todos los libros porque su locura ya no se sostiene. Qué daño le han hecho los libros. Qué daño le han hecho, sí, porque hay que estar muy mal para inventarse una historia sobre inmortales, sobre escritores fantasmagóricos que viajan a la luna para escribir poemas mejores o que recorren las calles de una ciudad disfrazados de Elvis y luego está El Rey de España y el Papa y los comunistas del otro lado, y las gordas, y la Galaxia Shakespeare, y, en definitiva, toda una serie de situaciones tan ridículas como brillantes que al fin y al cabo dan cuenta de esta sociedad atrofiada en la que nos encontramos, en la que más nos vale convertirnos en modernos Quijotes, en locos o en Vilas si lo que queremos es sobrevivir. Así se las gasta Manuel Vilas con un texto que bien podría recordar a sus anteriores novelas pero que se salva puesto que ya viene a formar parte de esa constelación de relatos que conforman su obra y que a mí personalmente me dan miedo, porque pienso ¿qué será lo siguiente? ¡Dios mío! ¿Qué será lo siguiente? Muy fan. **Luna Miguel**



“La conquista de lo cool”  
Thomas Frank

ALPHA DECAJ

Jerry Rubin lo hizo. Puso a todo el mundo en pie contra la guerra en Vietnam, montó un circo en el juicio que le condenaba por incitar a los disturbios en Chicago y, cuando la resaca pasó, se convirtió en empresario. De activista a activo hombre de negocios, de yippie a yuppie. Porque, en realidad, ¿había diferencia alguna? La figura de ese individuo que rompe con la civilización, que busca experimentar sensaciones cada vez más intensas, que invierte los valores, ¡sí!, por la evasión, el placer, la liberación... ¿Cuántas veces has visto todo eso... en un anuncio? Desde que los encorsetados esquemas estéticos de los años 50 llegaron al desgaste más excesivo, la maquinaria comercial de EE.UU. necesitaba asimilar nuevas formas, y la retórica contracultural de los 60 les sirvió un eslogan tras otro. Thomas Frank disecciona con agilidad aquellos entramados icónicos cargados de significación, y lleva su autopsia mucho más allá. “*La conquista de lo cool*” constata que la propia revolución creativa de los publicistas de la época fue incluso anterior al movimiento de la contracultura, y aborda la consecuente retroalimentación de ideas entre la cultura de masas y las grandes compañías. Las fantasías comerciales de revolución y liberación son el cebo predilecto para los promotores del frenesí consumista. Los empresarios buscan héroes modernos en el imaginario de la cultura juvenil, de ahí que el verano del amor se eternice, y que esos beatniks vestidos para fracasar sean en realidad los verdaderos amos del cotarro. **Albert Fernández**



“Los naufragos del «Batavia»”  
Simon Leys

ACANTILADO

Tras devorar los artículos contenidos en “*La felicidad de los pececillos*”, semblanzas en su mayoría de escritores, artistas y pensadores que alcanzaban una y otra vez un milagroso punto de equilibrio entre erudición y anécdota para hacerlos sublimes, me juré intentar aprender la lección de estilo (magistral para todo periodista) y vigilar cuanto se tradujera de Leys (adictivo para cualquier lector). A todo aquel que desconozca su condición de especialista en Confucio (tradujo las “*Analectas*”, donde hay una llamada a ser leal a lo superior) puede que le sorprenda la premisa de esta gema de 88 páginas: servir de aperitivo o puente hacia otro libro (“*La tragedia del Batavia*” de Mike Dash), que el autor considera la última palabra sobre el tema que comparten, el naufragio del navío más deslumbrante de la Compañía de las Indias Orientales, frente a las costas australianas en 1629, y la posterior carnicería de la mayoría de supervivientes por un demente. Y quizá la película sea de órdago, pero el tráiler se antoja insuperable. Al igual que en las piezas cortas de “*La felicidad...*”, asistimos a un proceso de máxima depuración de los hechos y los protagonistas, aquí concentrados en la megalomanía sangrienta del ex boticario Cornelisz y la aquiescencia de muchos, un *non fiction* thriller histórico que anticipa los mecanismos de dominación psicológica de líderes como Hitler o Stalin. Mediante un ejercicio de contorsionismo literario, Leys multiplica los pliegues de sentido del terror, sus capas de sugerencia y sus ecos contemporáneos. Una miniatura de muchos quilates. **Antonio Lozano**